



ACADEMIA HISPANOAMERICANA DE DOCTORES

DISCURSO DE INGRESO PRONUNCIADO POR EL

ILMO. DR. D. ENRIQUE TERÁN

EN EL ACTO DE INGRESO COMO ACADÉMICO DE NÚMERO

EN QUITO, EL DÍA 29 DE OCTUBRE DE 2025

Señor Dr. Óscar Aparicio Gómez, presidente de la Academia Hispanoamericana de Doctores.

Señor Dr. Wellington Aguirre Soliz, presidente de la Academia Ecuatoriana de Medicina.

Señores académicos, colegas, familiares e invitados todos,

Quiero comenzar agradeciendo a la Academia Hispanoamericana de Doctores por haber tenido la gentileza de considerarme para ingresar como Académico de Número y, por tanto, me gustaría dirigir a ustedes unas pocas palabras que reseñan mi trayectoria científica.

Cuando se habla de una carrera como investigador, es frecuente imaginar una trayectoria perfectamente planificada: una sucesión ordenada de estudios, publicaciones, proyectos, reconocimientos y colaboraciones internacionales. Sin embargo, la realidad suele ser diferente. Una carrera científica no siempre comienza con un plan claramente definido. Muchas veces nace de una pregunta, de una inquietud ante un problema no resuelto o, sencillamente, de la convicción de que debe existir una mejor manera de hacer las cosas.

Mi historia como investigador comenzó hace más de tres décadas. Al mirar hacia 1991, reconozco un momento decisivo, no solo por los acontecimientos académicos que ocurrieron entonces, sino también porque fue el periodo en el que empezó a consolidarse una forma particular de comprender la medicina. Ya no se trataba únicamente de aprender lo que estaba



escrito en los libros o de reproducir lo que otros habían demostrado. Se trataba de preguntar, cuestionar, observar y buscar respuestas propias.

En ese proceso fueron fundamentales las personas que aparecieron en el camino. Maestros como el doctor Edmundo Estévez y el doctor Andrés Calle, quienes en sus clases de bioquímica contaban sus anécdotas al trabajar con Francia para entender la anemia en el Ecuador, contribuyeron a crear en mí un ambiente de curiosidad científica, siendo un joven estudiante de medicina que ni sospechaba una verdadera posibilidad de hacer investigación. Empecé entonces a convivir con la frase “debe haber una forma mejor de hacerlo”, que resume, para mí, una de las actitudes esenciales del investigador. Investigar comienza cuando dejamos de aceptar que las cosas deben permanecer como siempre han sido y nos atrevemos a pensar que pueden comprenderse o realizarse de otra manera.

Posteriormente, la oportunidad de trabajar con el doctor Patricio López-Jaramillo, uno de los cercanos a la descripción de la vía L-arginina-óxido nítrico, y su particular interés en la hipertensión gestacional o preeclampsia, me abrieron nuevas perspectivas hacia 1992. En aquel momento, como ocurre al inicio de muchos proyectos, probablemente no era posible anticipar todas las consecuencias de esa línea de trabajo. Sin embargo, existían los elementos indispensables: una pregunta relevante, entusiasmo por encontrar respuestas, disposición para aprender y personas capaces de trabajar juntas.

Tuve la oportunidad única de plasmar parte de mi trabajo en una publicación científica y ese fue, verdaderamente, ¡el inicio! Esa indescriptible satisfacción, que se vuelve como una pasión, me llevó a buscar repetirla una y otra vez, cada vez con más ambición, en el buen sentido, de hacerlo en revistas de mayor rigor.

Así, al culminar la carrera de medicina, tuve la oportunidad de ganar una de las pocas becas que ofrecía el gobierno ecuatoriano, a través de la entonces FUNDACYT, hoy Secretaría



Nacional de Ciencia y Tecnología (SENESCYT), para formación de talento humano en el exterior, y fui admitido para trabajar bajo la dirección del Prof. Salvador Moncada, uno de los descubridores del óxido nítrico, en el University College London, una de las 10 mejores universidades del mundo. ¡Me parecía increíble que un ecuatoriano estuviera por ahí!

Coincidentalmente, ese año, 1998, el premio Nobel de Medicina fue otorgado al descubrimiento del óxido nítrico, pero el Prof. Moncada fue excluido de la terna galardonada, lo que, más allá de si fue injusto o no, y de la polémica que se generó, a mí me brindó la oportunidad de aprender, además, que a veces no basta con ser brillante, ¡también hay que tener suerte!

Culminado el doctorado y de vuelta en Ecuador, desde la Universidad Central del Ecuador fuimos capaces, a pesar de las limitaciones y dificultades propias de un país en vías de desarrollo y con todavía un incipiente sistema de ciencia y tecnología, de continuar con el estudio de la preeclampsia y de ser pioneros, a nivel mundial, en describir la importancia de la ubiquinona o coenzima Q10 y, por ende, del papel de la función mitocondrial en el desarrollo de esta patología.

El desarrollo de estas actividades, junto con el inicio del milenio, nos permitió confirmar que la investigación no se construye exclusivamente en los laboratorios ni se limita al análisis de datos. Se la gestiona también en las aulas, en los hospitales, en las conversaciones con colegas, en la lectura crítica de la literatura y en la relación cotidiana con estudiantes y profesionales de la salud. Cada uno de esos espacios permite generar nuevas y buenas preguntas. La diferencia está en si somos capaces de reconocerlas y convertirlas en proyectos viables, rigurosos y éticamente responsables.

Durante estos más de veinticinco años he tenido la oportunidad de desempeñarme como docente e investigador en diferentes universidades ecuatorianas como la Universidad Central



del Ecuador, la Universidad Internacional del Ecuador, la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y, desde hace más de una década, la Universidad San Francisco de Quito. También he mantenido vínculos académicos con la Universidad de Extremadura en España y las Universidades del Sur de la Florida y de Carolina del Norte en Estados Unidos.

Cada institución, cada grupo de trabajo y cada generación de estudiantes ha aportado algo diferente. La investigación es una actividad colectiva. Incluso cuando una idea parece surgir de una sola persona, necesita del diálogo, la crítica, la colaboración y el intercambio de experiencias para fortalecerse. Por esta razón, una carrera científica no puede medirse únicamente por el número de publicaciones o proyectos realizados. También deben valorarse por las personas que se han formado, las redes que se han creado, las preguntas que se han planteado y la capacidad de contribuir al desarrollo de una cultura de investigación.

Ser investigador exige preparación metodológica, disciplina y perseverancia. Exige aprender a formular preguntas que puedan responderse, seleccionar métodos adecuados, recolectar información confiable y analizar los resultados con honestidad. Pero también exige aceptar la incertidumbre. No todos los experimentos producen los resultados esperados. No todas las hipótesis se confirman. No todos los manuscritos son aceptados y no todos los proyectos reciben financiamiento.

El fracaso, el rechazo y la necesidad de comenzar nuevamente forman parte del trabajo científico. La diferencia entre abandonar y continuar suele depender de la capacidad para interpretar cada dificultad como una oportunidad de aprendizaje. Un resultado negativo puede ser científicamente importante. Una crítica puede ayudar a mejorar un proyecto. Una pregunta que inicialmente parece demasiado difícil puede convertirse, con el tiempo, en una línea de investigación relevante.



A quienes se preguntan si es posible construir una carrera como investigador, les diría que sí, pero que no existe un único camino. No es indispensable comenzar con todas las respuestas. Lo esencial es comenzar con una pregunta auténtica y con la disposición para trabajar rigurosamente en ella. También es necesario buscar mentores. La presencia de investigadores con mayor experiencia puede ayudar a evitar errores, identificar oportunidades y comprender las reglas, tanto escritas como no escritas, de la actividad científica. Sin embargo, la mentoría no debe convertirse en dependencia. El objetivo final es desarrollar la capacidad de pensar de forma autónoma, colaborar con otros y formar a nuevas generaciones.

Después de más de tres décadas, luego de haber tenido la oportunidad de ingresar a la Academia de Ciencias del Ecuador y a la Academia Ecuatoriana de Medicina, quizás los dos más altos reconocimientos a nivel nacional, sigo considerando que la investigación es una forma de servicio y, cuando me preguntan por qué lo hago, la respuesta sigue siendo la misma que inspiró los primeros pasos de este recorrido: “Debe haber una forma mejor de hacerlo”. Además, la investigación es una manera de contribuir al conocimiento, a la educación y a la salud. También es una forma de mantener viva la curiosidad y de reconocer que, incluso después de muchos años de experiencia, siempre queda algo por aprender.

No puedo terminar sin mencionar que el esfuerzo y sacrificio por detrás de cualquier logro no son únicamente personales; por eso, un especial reconocimiento para mis hijos: Julio, Santiago, Andrés, David y María Augusta. Gracias por su paciencia, comprensión y cariño, así como a mi esposa Isabel, incomparable compañera, consejera y apoyo.

Señoras y señores, ¡gracias por su gentil atención!